

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Organo del asilo de pobres transeuntes.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La palabra de Dios.

No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su señor.

Bástele al discípulo ser como su maestro y al siervo como su señor. No hay encubierto que no se haya de descubrir, ni oculto que no se haya de saber.

Lo que os digo en las tinieblas decidlo en la luz, y lo que oís a la oreja predicadlo sobre los tejados. Y no temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno. Aun los cabellos de vuestra cabeza están contados. Todo aquel que me confesare delante de los hombres, lo confesare yo también delante de mi Padre que está en los cielos. Y el que me negare delante de los hombres, lo negare yo también delante de mi Padre que está en los cielos. El que a vosotros recibe, a mí recibe y el que a mí recibe, recibe a Aquel que me envió. El que recibe a un profeta en nombre de profeta, galardón de profeta recibirá, y el que recibe a un justo en nombre de justo, galardón de justo recibirá.

Y todo el que diere a beber a uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, en verdad os digo que no perderá su galardón.

(San Mateo, cap. 10, v. del 24 al 42.)

AL PASO DE LA VIDA

Pasó la mascarada como un sueño,
y una estela infernal dejó a su paso:
...el eco de la risa del payaso
y el llanto del mendigo, torvo el ceño.

Pasó la bacanal; pasó el ensueño
de unas horas, gozadas al acaso,
libando del placer el áureo vaso,
con heces de mortífero beleño.

La procesión del hambre, que no pasa,
discurre ante mis ojos, tras la orgía,
con cara de dolor, que el llanto arrasa.

Son los pobres, que en triste romería
van, llamando al amor, de casa en casa.
¡Dadles abrigo y pan!... Díos los envía.

ANDRÉS RUBIO POLO.

Febrero, 1918.



¡Consuélate, mendigo!

Todos somos pobres.

Una de las cosas que más hieren nuestro amor propio y condición humana, es la de ser una excepción de los demás, hasta el punto que nuestra soberbia ingénita, que llevamos todos muy dentro del corazón, se revuelve airada como queriendo sacudir esa situación, que se nos antoja angustiosa, y en la que las circunstancias de la vida o el modo de ser social de la comunidad viviente, nos colocó.

Entiéndese esto mejor concre-

tándolo al punto de las diferentes y variadísimas condiciones y clases de la presente sociedad.

Dado el egoísmo y materialismo que por doquier se respira, considérase en los de arriba, si no están bien fundamentados en la fé cristiana, como cosa despreciable y oprobiosa venir a menos, ser pobre en fortuna y bienes materiales, y en los de abajo, si también les falta el conocimiento e instrucción religiosa, tiénese como una desgracia de familia, como un infortunio insuperable, el de soportar la indigencia, a veces el hambre y desnudez, otras el

trabajo duro e ingrato, para poder mal comer. Aquéllos se consideran superiores a éstos.

Y no es así; unos y otros padecen de lamentable error. No consideran que todos los cristianos *somos miembros de un mismo cuerpo, que es la Iglesia*, y por consiguiente, del *cuerpo místico* de Jesucristo. Y si a cada miembro corporal corresponde una función orgánica, pero dependiente del todo, así también a cada cristiano, como miembro de la Iglesia y de Cristo, en la esfera de su situación y posición social corresponderá una función en relación íntima con todo el cuerpo general de la cristiandad.

De aquí se deduce naturalmente que el cristiano rico y el cristiano pobre, cada uno en su esfera propia, contribuye a la armonía total de la Iglesia: ni el rico es más porque Dios puso en sus manos riquezas, y ni el pobre es menos porque no las tiene, sino que precisamente en la abundancia del uno y en la indigencia del otro está la trabazón hermosa que ha de dar la belleza inefable de la virtud en floración constante de multitud de obras de caridad, de mansedumbre, de mortificación, de resignación, etc., etc., vergel florido de suavísimas fragancias, que la Esposa de Cristo le rinde amorosa todos los días e instantes al Celestial Esposo.

Mas no perdamos de vista que todos los miembros dependen del todo; ninguno, por importante que sea, se basta a sí mismo, y si no se basta a sí mismo, tendrá que mendigar el apoyo de los demás y vendremos a parar en que todos son pobres, porque son indigentes de otro; luego todos somos mendigos, pobres de Cristo.

Y esto, entiéndase, no sólo en el orden espiritual, en el que nada podemos ni valemos, si no es por la corriente continua y limosna constante de la gracia divina, luces, inspiraciones y ejemplos,

sino también en el orden material y social. ¿Quién se basta a sí mismo? ¿El rico? De ningún modo; es el que más necesita de los demás: en la comida, que se la compran, que se la guisan, que se la sirven; en los vestidos, en la administración, hasta en el paseo y diversión, lleva una infinidad de servidores; de todos depende, de todos necesita, es el mayor mendigo e indigente.

En cambio el pobre, fuera de sí, tiene que pedir pan para su flácido estómago y vestido para sus desnudas carnes; en el orden temporal es el sér más rico, todo sabe hacerlo: coser, guisar, trabajar; de nadie depende—fuera

de lo dicho—porque a sí se basta, es para sí todo.

Decidme, mendigos, si esto consideraréis: ¿os tendréis por desgraciados, en el verdadero sentido de la palabra? ¿No os consolará el saber que sois miembros, tan importantes como el que más, de esta gran familia que se llama Iglesia y que espera trasladarse pronto a las regiones del Cielo? ¿No os servirá de aliento y regocijo el saber que vuestra clase no es una excepción, sino la general, porque todos, absolutamente todos, somos mendigos y pobres de Dios, de Cristo Nuestro Salvador?

ABEL PEREGRÍN.

JESUS, NOMBRE BENDITO

(PLEGARIA)

Jesús, nombre bendito,
calma de mis desvelos,
con perfiles de luz sobre los cielos
eternamente escrito.

A quien ensalzan en perennes coros
los ángeles sonoros
y alumbran con el polvo de sus huellas
miríadas de estrellas:

Tú, que das a mi alma
descansar en el seno de la calma,
y curas con ignotas medicinas
las llagas que me abrieron las espinas.

Cuando muertos mis ojos
ya no vean auroras de este mundo
y a saciar al montón de mis despojos
vayan su cuerpo inmundo

los míseros gusanos,
sé Tú, Jesús divino,
quien al fin del camino
mis párpados entorne con sus manos.

Tú, que en la noche oscura,
y en los días sin luz de este desierto
brillas, como en la altura
brillan los faros señalando el puerto,
y en la bruma apretada
de los mares opacos de la vida
alumbras como lámpara incrustada
en la noche de lutos revestida.

Cuando, rota la vela,
crujan hechos pedazos
las tablas de mi pobre barquichuela,
sé, Tú, Jesús divino,
el faro salvador de mi destino,
y sirvanme tus brazos

de nave de mi cuerpo moribundo
toque las playas del eterno mundo.
«Jesús» mis labios al cerrarse digan
y tus manos divinas me bendigan.

PATROCINIO GARCÍA ROMERO.

Hacendados, ¡¡¡atención!!!

Cuando Salmanasar, rey de Asiria, puso fin al reino de Israel llevándose cautivos a sus dominios a la mayor parte de su gente, y la más principal, entre ellos fué un varón insigne, llamado Tobías, el cual, mientras vivió en el reino de Israel se mantuvo siempre justo, y así continuó en el cautiverio sin desmentirse jamás.

En recompensa a tan meritorio proceder, quiso Dios que ganase la gracia del Rey, quien le dejó vivir con la misma libertad que su más fiel vasallo, regalándole también grandes sumas de dinero y hasta llegó a elevarle a uno de los principales puestos de palacio.

Grande extrañeza le causaba verse cautivo y poderoso, y allá, en su templada imaginación, daba vueltas al asunto por ver si llegaba a deducir el por qué de tan ra-

ro contraste. Por fin llegó a convencerse de que aquello sucedía por una providencia particular de Dios, para que sus hermanos cautivos, ajenos de tales gracias, tuvieran en él un decidido protector; y con tal esmero lo fué, que todos encontraban en su caridad un remedio seguro a todas sus necesidades.

Pues bien; mimados de la fortuna, ¿no se os ha ocurrido alguna vez pensar el por qué sois ricos, imitando al aludido héroe? Si no lo habéis hecho, hacedlo; y lo mismo que aquél, os vendréis a convencer de que es Dios únicamente el que con su pródiga mano os ha concedido tan lisonjero bienestar.

¿Y habéis de ser vosotros tan desapiadados y egoístas que solamente empleéis vuestras riquezas para regalar vuestro cuerpo, sin pensar en el desvalido que es de

vuestra misma materia, a la que está adherida un alma tan grande o más que la vuestra?

Cuando vais montados en un brioso corcel, en cómodo coche o en elegante y veloz automóvil y os encontráis con un indigente, demacrado por el hambre, aterido de frío o abrasado por el sol, ¿qué pensáis de él? ¿No os doléis de tamaña desgracia? ¿No os impresionáis y hasta os avergonzáis de vuestro quizá desmedido orgullo ante aquel desventurado?

Y en el caso de que lo hagáis, no llevéis al colmo vuestra sensibilidad, como en un sucedido que os voy a contar.

Seguid leyendo que, aunque algo largo, no os será molesto. El caso ocurrió no recuerdo dónde; para el caso es igual. Pedro y Santiago — así se llamaban los protagonistas—eran de la misma edad e hijos ambos de padres que habían alcanzado honrosos laureles en su profesión de actores dramáticos. Dieron principio a la segunda enseñanza en el mismo Instituto y se hicieron leales y desinteresados amigos. Al terminar el cuarto año, el padre de Santiago, que a más del ejercicio del arte dramático era un gran negociante en operaciones de Bolsa, preparó una gran jugada; pero con tan mala fortuna que perdió en ella casi todo su capital, cayendo, por tal causa, en tan profunda melancolía que, en pocos días, le condujo al sepulcro. Santiago tuvo que abandonar los estudios para ayudar al sostenimiento de su madre y hermanos, entrando de aprendiz mecánico en cierta fábrica, llegando a hacerse, en breve tiempo, un hábil artista.

Mas quiso la fatalidad que un día le alcanzara el volante del motor, el cual le dejó tan mal parado, que tuvieron que amputarle una pierna y un brazo, teniendo después, por consiguiente, que mendigar el sustento, no querien-

do hacerlo en su suelo patrio, sino que emigró al extranjero.

Pedro, por el contrario, terminó la carrera de abogado con notable aprovechamiento, y tal fué luego su fama y popularidad que su bufete veíase continuamente lleno de clientes, con lo cual hizose inmensamente rico. Conseguido esto, internóse en el campo de la política, llegando su prestigio a tal grado que fué nombrado cónsul y precisamente a la misma nación y punto donde su antiguo y desventurado amigo se encontraba.

Pasóse un año cuando éste se enteró de quién era el cónsul y determinó hacerle una visita. Hallábase un día Pedro en su despacho privado y entró un lacayo diciéndole que había llegado un mendigo que tenía una pierna de madera y le faltaba el brazo derecho, el cual pedía con insistencia hablarle. Quedóse indeciso un momento y dió la orden de que no podía recibir por hallarse indispuerto; pero no bien hubo salido el lacayo del aposento, tuvo que volver a él avisado por su señor, quien le ordenó hiciera pasar a su presencia a aquel desharrapado visitante.

Entró Santiago con pasos vacilantes y la vista mirando al suelo. y al insinuarle Pedro a que manifestara sus pretensiones, se vió envuelto en una mirada de angustia que el recién llegado le dirigiera, y esforzándose para hablar, empezó por decir al cónsul se fijara bien en su fisonomía y después hiciera memoria por si podía reconocerle. A pesar de escudriñar con su vista una por una todas sus facciones confesó al fin que nada sacaba en consecuencia. Entonces Santiago, declarando quién era, empezó por narrar su historia desde su separación; y en términos tan elocuentes explicó el cúmulo de desventuras e infortunios pasados, que, Pedro, enternecido profundamente, con lágrimas

en los ojos y la voz entrecortada por los sollozos, llamó al lacayo y le dijo: ¡Saca a este pobre hombre a la calle (!) porque me está desgarrando el corazón!

¡Qué horror! ¿No sentís afluir a la cabeza vuestra hidalga sangre por la justa indignación que causa acción tan inhumana? Segurísimo que todos reprobáis tan malvado proceder. ¿Y habéis de secundar vosotros tal doctrina ante cualquier menesteroso? ¿Estáis en otra cosa que bajo un harapiento traje haya más que desdichas y sufrimientos? No.

Cuando os sentáis a vuestra mesa, donde sois servidos con abundantes, variados y esquisitos manjares, ¿no se os viene a la imaginación que en aquel mismo momento haya tantos desgraciados que ni aun siquiera mesa, ni platos necesitan, porque su *opípara* comida se reduce a un durísimo mendrugo de pan? ¡Y todos somos hermanos!

Pensadlo bien, lectores ricos. Si un indigente puede hacer su vida tan económicamente, ¿no os podréis pasar vosotros con más frugales alimentos y moderadas comodidades y, con tal parcidad, aliviar a uno o varios de aquéllos?

¿Qué valdrán, ante Dios, las privaciones de un rico por socorrer a un pobre, cuando su Hijo, en su vida terrena, fué la misma pobreza personificada? Indiscutiblemente un altísimo peldaño para alcanzar la gloria eterna.

Imitad, pues, al caritativo Tobías, que buena falta hace en los actuales tiempos que corremos. Y si vuestras ocupaciones, o vuestra manera de ser, no os permiten el socorro directo, ya sabéis que hay personas que consagran todas sus energías a tan loable fin. Dadlos a manos llenas vuestros sobrados intereses, que ellos harán desinteresadamente el reparto.

JOSÉ FUENTES DÍAZ.

Las limosnas.

Todos los sacerdotes de la Diócesis recibirán con gusto cualquier donativo para la obra y tendrán la caridad de hacerlo llegar a mis manos. Muchas personas suelen enviar dinero por el giro postal de Alba de Tormes; otras han remitido sellos de correo.

En Salamanca, podéis entregar vuestras limosnas al muy ilustre señor don José de la Mano, San Pablo, 39; al señor Párroco de la Purísima, Monterrey, 2; al señor don Angel García, Capellán de las Adoratrices, S. Francisco, 1; en la Residencia de Padres Jesuitas, Serranos, 2, o en el Colegio de niñas, Plaza Mayor, 6.

En Peñaranda, a doña Jacoba Arenillas o a don Eladio Silva.

En Alba de Tormes, Vitigudino, etc., a los señores Párrocos arciprestes.

Las limosnas en especie, que tanto han abundado gracias a vuestra inagotable caridad, al señor Párroco de Alba; yo pagaré los portes.

Todo se aprovecha en el Asilo: ropas usadas, calzado, mesas, bancos, sillas, cubiertos, cuchillos, vasos, jarras, sartenes, ollas y potes para guisar, manteles, servilletas, paños de aseo y principalmente tocino (es la partida más fuerte de gastos), manteca, aceite, vino, garbanzos, lentejas, guisantes, alubias, arroz, embutidos, bacalao, pan o harina, fruta del tiempo, queso, sal, pimienta, carnes de vaca, ternera, cordero, cabrito. De todo habéis remitido

Hay dos caminos muy trillados para llegar al cielo y que acortan prodigiosamente las distancias: para el pobre, la paciencia; para el rico, la limosna.

Salamanca.—Imp. de «El Salmantino»